

El ocaso de la ingenuidad

Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa Juvenil (2021)

Nº2 -Serie de Relatos Letras Jóvenes 2022, abril de 2022



BIBLIOTECAS
Puente Alto
GOBIERNO COMUNAL

El ocaso de la ingenuidad

El ocaso de la ingenuidad
Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa Juvenil (2021)
N°2 –Serie de Relatos Letras Jóvenes 2022, abril de 2022
www.centrobibliotecario.cl

Este libro digital ha sido elaborado por
el Centro Bibliotecario
con fines educativos, culturales
y de difusión del patrimonio literario de Puente Alto

Índice

01	Un escritor, Enmanuel Ponce
02	El último viaje de Sebastián, Javiera Álvarez
03	Paseo por el supermercado, Maicol Contreras
04	La Monse, Bruno López
05	El Nazi de Puente Alto, Cristóbal Márquez
06	Infinita, Ian Cabello

Prólogo

Este libro digital es el segundo de la serie de relatos juveniles “Letras jóvenes”, que compila seis relatos escritos en los talleres de escritura creativa impartidos por el Centro Bibliotecario de Puente Alto en el año 2021 bajo la modalidad on line.

Los talleres de ejercicios prácticos se enfocaron principalmente en canalizar, por medio de actividades de escritura creativa, los pensamientos, emociones y experiencias de los jóvenes de Puente Alto, tras la violencia del estallido social de octubre de 2019 y durante los largos confinamientos provocados por la pandemia por COVID-19.

Dentro del proceso de creación se revisaron géneros literarios, estilos narrativos, tipos de narradores, figuras literarias con énfasis en ciertas corrientes filosóficas como lo son la filosofía del absurdo de Albert Camus, la estética y ética de Soren Kierkegaard y se buscó inspiración en “Gramática de la fantasía: introducción al arte de inventar historias”, del autor Italiano Gianni Rodari.

El escritor

Enmanuel Ponce

“¿Resucitan los muertos? Los libros dicen que no, la noche grita que sí.”
Pregúntale al polvo, John Fante

Una mano se mueve suavemente por su cabeza. Lo acaricia lentamente y con delicadeza. Lo envuelve en seguridad y tranquilidad. En la noche abre sus ojos, y comienza a parpadear. Se siente caer entre la fiebre y el dolor de estómago. Más, la ilusión persiste y lo eleva por sobre sus lamentos, con el tiempo suficiente para que pueda caer, nuevamente, en lo que fue simplemente su propia mano. A un paso del llanto, pero con un nudo de rabia en su garganta que apenas podía dejar de sentir. Se intenta aferrar a esa ya distante ilusión y aunque está plenamente consciente de todo su pequeño cuerpo, quiere mantenerla al menos por otro instante. Pero la noche cubre sus ojos. Se siente llorar. Una mano se mueve por su cabeza. Lo acaricia, y tristemente murmura, no soy ella.

Se sienta en la cama, intenta sacudirse de su extraña y miserable situación. Estira la mano hacia su costado buscando el interruptor entre medio de basura acumulada, comienza a tantear con las yemas de los dedos la superficie de su velador. Enciende la luz la que, al contrario, a iluminar un poco su vida, solo le enrostra más su patética situación, observa los mismos papeles sucios y la ropa, que él mismo durante un mes tiró en el suelo. “¿Qué dirían mis futuros estudiantes si me vieran así?” se pregunta. En un intento por retomar el rumbo, o recordar, recoge una libreta que tenía debajo de su cama, la levanta y comienza a escribir.

-“¿Por qué siento este impulso de escribir? Me siento vacío, perdido, casi tan perdido como el comienzo de este texto. Cuestionamientos sin fin, que, por mi bien, debo rechazar. No seré un necio y me mantendré al margen de las decisiones que me llevaron hasta acá, debo escribir y disfrutar de la literatura. Bien consciente, no caeré en la soberbia de pensar que escribo simplemente por obligación. Recordaré mi voluntad forjada en esos momentos de infancia junto a mi hermano mientras nos leían en la cama. Esos apasionados trabajos y aunque ordenados por los desesperantes profesores. Se aferró a los momentos de dolor de su pasado y al sentimiento de querer ser mejor para ayudar a ser mejor”-

Con el resultado de su escritura se sintió contento por un breve momento, hasta que volvió a levantar la vista.



El último viaje de Sebastián

Javiera Álvarez

“Hasta ahora solo había pasado por el dolor, pero no por el duelo. El dolor era algo pasivo. El dolor era algo que te pasaba. Pero el duelo, el acto de lidiar con el dolor, requería atención.”

El año del pensamiento mágico, Joan Didion

Personajes

Sebastián

Cristóbal, hermano de Sebastián

Papá, padre de Sebastián

Mamá, madre de Sebastián

Hijo, hijo de Cristóbal

Señora

Señor

Duende

En un servicentro al costado de una carretera camino al sur

Cristóbal: hijo apúrate que se nos hace tarde

Hijo: ya voy

Cristóbal: te espero en el auto

Hijo: ok. Vámonos

Cristóbal: creo que ya eres lo bastante mayor como para saber porque vamos todos los años a la cascada...

Hijo: ¡bien!

Cristóbal: Todo empezó cuando mi hermano enfermó...

Muchos años atrás. En la casa de la familia de los papás de Cristóbal

Mamá: amor creo que podríamos llevar a los niños a una cascada que escuché que quedaba cerca de donde vamos a vacacionar

Papá: servirá para darle un último paseo al Seba. Bien mañana mismo partimos

Mamá: Iré a arreglar las cosas

Papá: yo les diré a los niños

Mamá: Bueno

Papá: hijos, vengan les tengo que contar algo

Seba: ¿qué pasó papá?

Papá: mañana iremos a ver una cascada mágica capaz de curar cualquier enfermedad

Seba: y... ¿podrá curarme papá?

Papá: los rumores dicen que sí

Seba: entonces me iré a dormir para mañana tener muchas energías

Papá: ok hijo, descansa

Cristóbal: papá

Papá: ¿qué pasa?

Cristóbal: yo no me creo mucho ese cuento, pero les seguiré el juego por el bien de mi hermano. A propósito, ¿ya viste que auto vas a arrendar?

Papá: sí, ya hablé con un amigo para que me prestará su auto

Cristóbal: pero papá ese auto está malo, casi no anda

Papá: ¿qué vas a saber tú?!

Mamá: ¿por qué tanto grito?

Papá: porque él Cristóbal piensa que sabe más que yo sobre autos

Mamá: no le faltes el respeto a tu padre

Cristóbal: sí, mamá

Mamá: vete a dormir que mañana será un día largo

Cristóbal: buenas noches

A la mañana siguiente, en el living de la casa

Papá: familia levántense ya es de mañana y tenemos que salir

Seba: ¡bien!, vámonos pronto que ya me quiero sanar

Papá: ve a despertar a tu hermano Cristóbal

En la pieza de Cristóbal

Seba: ¡hermano, vamos que se nos hace tarde!

Cristóbal: ¡ya voy, ya voy!

Mamá: ¡Sebastián dónde estás!

Seba: en la pieza de mi hermano

Mamá: Hay que vestirme

Seba: ya voy

Papá: ya está todo listo, súbanse a el auto

Mamá: Ya vamos

En el auto

Mamá: ¿cuál es la dirección para buscarla en el mapa?

Papá: no lo sé, solo sé que está cerca de donde nos vamos de vacaciones

Mamá: ¿cómo que no sabes? ¿Y cómo llegaremos? te dije que confirmarás la dirección para no demorarnos tanto. Sabes que el Sebastián no puede hacer viajes tan largos

Papá: lo sé, lo sé, pero tendremos que preguntar en el camino

Cristóbal: ¿papá, me puedes pasar el mapa?

Papá: qué vas a saber tú, si con suerte sabes leer

Mamá: Toma hijo

Cristóbal: mmm... no lo sé, no se ve ninguna cascada en este mapa

Papá: tal vez si supieras bien donde buscar.

Cristóbal: no hay ninguna cascada.

Papá: ves, te dije que no sabrías cómo ver un mapa

Cristóbal: sí sé ver los mapas, en la escuela nos enseñaron

Seba: mamá tengo hambre y sueño

Cristóbal: yo igual, ¿podríamos pasar a comprar algo para comer?

Papá: ¿con qué dinero?

Cristóbal: con el tuyo, supongo

Mamá: ya buscaremos algo para comer en el camino.

Seba: gracias

Papá: ¿cómo no trajiste nada para que comiera el niño?
Mamá: Se me olvido, como tenía que echar tantas cosas no se me ocurrió echar comida. Descansa un poco hijo ya encontraremos algún lugar en donde comprar
Seba: bueno
Papá: mira ahí, preguntémosle a esa señora si es que hay algún lugar en donde comprar algo de comida, y si nos puede señalar hacia donde está la cascada.
Se acercan a la señora
Papá: ¡Hola, buenas!
Señora: hola
Papá: ¿señora, me podría indicar algún lugar en dónde comprar comida?
Señora: ¿por aquí? No, no hay na cerca pa' comprar
Papá: ¿y sabe de una cascada que andamos buscando por el sector?
Señora: no, la verdad no sé
Papá: ¿y no sabe de alguien que podría saber?
Señora: no, la verdad no he escuchado hablar de ninguna cascada.
Papá: bien, gracias de todas formas
Siguen en su camino
Papá: no nos ayudó en nada esa señora
Mamá: Bueno, por lo menos sabemos que por aquí vive gente
Papá: algo es algo...
Unos kilómetros más allá
Papá: ¡miren un señor!
Papá: hola, buenas tardes, ¿queríamos saber si por aquí hay algún lugar para comer o comprar comida?
Señor: mmm... ¿por aquí cerca? No, no la verdad es que no
Papá: ¿y ha escuchado hablar de una cascada por el sector?
Señor: ¡¿aquí?! No, no hay ninguna cascada, tal vez si sigue derecho se encontrará con alguien que sepa
Papá: bueno, ¡gracias!
Unos kilómetros más allá el auto se detuvo
Cristóbal: ¿qué pasa papá?
Papá: no lo sé
Cristóbal: te dije que este auto estaba malo
Mamá: ¿de qué me perdí? ¿por qué paramos?
Papá: no pasa nada solo tenemos un problemita con el auto
Mamá: hijo despertaste
Seba: y ahora cómo llegaremos a la cascada
Papá: tranquilo hijo ya arreglare el auto
Seba: ok
El papá se baja a arreglar el auto
Cristóbal: papá, ¿te ayudo?
Papá: pero si tú no sabes nada de autos, quédate aquí con tu mamá, yo arreglo el auto
Cristóbal: ok
Después de media hora el papá no pudo arreglar el auto

Cristóbal: papá déjame ayudarte
Papá: ya te dije que no. Creo que tendremos que ir a pie, no creo que esté tan lejos
Mamá: bueno, pero tendremos que dejar todas las cosas aquí
Papá: no importa, después volvemos a buscarlas
Mamá: bueno
Caminando por entremedio de un bosque
Seba: mamá, me estoy empezando a sentir mal, hace mucho calor
Papá: amor ¿por qué no le das su remedio?
Mamá: Porque los deje en el auto
Papá: ¿cómo? ¿Se te quedaron en el auto?!

Mamá: dijiste que no trajéramos nada
Papá: sí, ¡pero hay cosas importantes que si tenías que traer!
Mamá: Tranquilo hijo, ya vamos a llegar
Seba: ¿cómo lo sabes, mamá?
Mamá: Porque es una cascada mágica y lo puedo sentir
Cristóbal: ya estoy cansado de tanto caminar
Seba: yo igual
Papá: haber, ¡pásenme el mapa para ver en dónde estamos!
Mamá: pero si tú lo traías
Papá: se supone que el Cristóbal lo traía
Cristóbal: yo no lo traje
Papá: ¡pero si te lo pasamos a ti!
Cristóbal: pero se me olvidó
Papá: ¿y ahora qué hacemos?
Cristóbal: no lo sé...

Mamá: el auto está demasiado lejos como para devolvernos
Papá: entonces sigamos caminando, además no hay nadie por aquí
Mamá: Ya me cansé también
Papá: cómo eres tan floja además de olvidadiza, no trajiste nada de lo que necesitábamos, ¿ahora qué vamos a hacer? el Sebastián se siente mal, está cansado, tiene hambre y el Cristóbal está muy irritante el día de hoy
Cristóbal: que he hecho yo...

Papá: ¡cállate! estoy hablando con tu mamá
Mamá: por favor, no peleen, no me gusta cuando pelean. ¡Mira Cristóbal parece un bosque arcoíris!
Cristóbal: ¡Es verdad! Los seres mágicos viven al final del arcoíris, podríamos encontrar la cascada ahí.
Mamá: ¡busquémoslos!
Comienzan a explorar en el bosque
Seba: ¡mamá, papá miren por allá!
Papá: ¡un duende! vamos a hablar con él, debe saber dónde está la cascada
Caminan donde el duende
Papá: ¡Hola!
Duende: hola
Papá: ¿por casualidad sabrá donde hay una cascada de aguas por acá?

Seba: de hecho, es una cascada mágica
Duende: sé de una cascada mágica por este mismo camino, deben cruzar un puente al final del camino.
Papá: ¡muchas gracias por la información!
Seba: papá ¿por qué el duende hablaba español y no hablaba con el idioma de los duendes?
Papá: porque el idioma de los duendes también es el español
Seba: ah...
Cristóbal: bueno pongámonos en marcha
Después de caminar un rato llegaron al puente
Seba: mira papá ahí está el puente del que habló el duende
Al llegar a el puente
Cristóbal: ¿cómo vamos a cruzar? ¡El puente está roto!
Papá: no sé, ¿qué es ese ruido? Parece que alguien se acerca
Seba: ¡mira papá es el duende!
Cristóbal: ¡Se arranca!
Papá: ¡sigámoslo!
Después de perseguirlo al duende sin éxito, se cansaron de correr
Seba: papá me siento muy mal
Papá: Cristóbal toma a tu hermano y llévalo en brazos
Cristóbal: sí, vamos Sebastián.
Papá: mamá, tenías que haberle traído sus remedios, todo esto es culpa de ustedes: el Cristóbal no trajo el mapa y está muy irritante y la mamá no trajo los remedios, no trajo la comida y quizás cuantas cosas más no trajo
Cristóbal: Y tú no sabes leer un mapa y tampoco sabes nada de autos
Papá: ¿quién te dijo que yo no sé de autos?
Cristóbal: no supiste elegir un mejor auto y por eso ahora estamos andando a pie y tampoco sabes leer un mapa
Papá: yo sí sé leer los mapas
Cristóbal: entonces ¿por qué no supiste encontrar la cascada?
Papá: mejor devolvámonos, ya no encontraremos la cascada
Seba: papá, ¿cómo me voy a curar entonces?
Papá: lo siento hijo, pero al parecer la cascada no existe
Mamá: ¡¿cómo le dices eso al niño?!
Papá: pero es la verdad
Mamá: no tenías que decirle la verdad
Seba: ya no importa...
Papá: tranquilo hijo, ya encontraremos la forma de curarte
Seba: está bien papá, ya estoy empezando a aceptar mi muerte
Papá: no digas eso hijo te vamos a salvar, pero al parecer la cascada no existe
Cristóbal: escuchen eso, suena como si fuera agua.
Seba: ¡sí, es verdad!
Papá: vamos a ver
Cristóbal: ¡miren es la cascada! ven seba vamos a bañarte
Seba: ¡vamos!

De noche regresaron por el mismo camino al auto para pasar la noche ahí

Cristóbal: ¡buenos días! papá, déjame intentar arreglar el auto

Papá: hijo inténtalo

15 minutos después

Cristóbal: listo papá, ¡pruébalo!

El auto prende

Papá: ¿quién te enseñó a arreglar autos?

Cristóbal: el papá de un amigo tiene un taller mecánico

Papá: ah muy bien, ahora vamos a buscar un buen lugar para comer.

A los 2 meses murió Sebastián



Paseo por el supermercado

Maicol Contreras

"La historia no es más que una sucesión de monstruos o de víctimas. O de testigos."

Rant, Chuck Palahniuk

La alarma del supermercado suena sin gran escándalo, el guardia de la puerta me habla amablemente, indicando que me haga a un costado con mi carro y que le muestre la boleta. Busco en mi bolsillo un papel arrugado, intentando prolongar esa búsqueda en mis bolsillos lo suficiente como para idear un plan de escape.

¿Un plan en diez segundos? Por qué no. Hay cohetes que se lanzan en esa cuenta regresiva, hay bombas que se detienen en sus últimos tres segundos, en esa perturbadora duda sobre si cortar el cable verde o el rojo.

Al momento de pasarle la boleta, sin ningún plan en mi cabeza, solo con la imagen de un cohete surcando el aire y explotando a los pocos segundos en medio de los aplausos de los familiares de los astronautas. Una guardia de metro y medio de estatura se me acerca muy acelerada.

—La carne- dice con una voz chillona

— ¿Cuál carne? - le contesto.

En verano el pasillo de los yogurts siempre ha sido mi favorito, me podía pasar un largo tiempo leyendo los precios, las marcas, las ofertas, los sabores y nunca escogía uno, porque nunca me gustó el yogurt, pero siempre odié el calor desproporcionado que hace en el verano de Santiago. En invierno el sector de panadería era mi favorito, el calorcito del horno cuando tengo frío y el olor a pan cocinándose me causaban el mayor placer dentro del supermercado.

El pan siempre lo pesé igual cuatro o seis marquetas en la bolsa y una hallulla en la mano para ir comiendo en el recorrido por los otros pasillos, el de las galletas y chocolates, el de las leches, la carnicería, la verdulería, el pasillo de las bebidas. A veces sacaba dos hallullas porque son muchos pasillos y dejaba el del queso para el final. En todos los pasillos sacaba algo, algo para el carro de las compras y algo para la mochila.

Para comer, como para hurtar en el supermercado hay que ser descarado, yo partí por los chocolates que están exhibidos como tentación para la última compra o para niños con pataleta que hostigan a sus mamás — ¡quiero mamá!, ¡cómprame mamá!, ¡dame mamá!

Fue en esas circunstancias que yo comencé, mirando de reojo a la cajera, las rondas

de los guardias, temeroso tomaba uno de esos chocolates y disimuladamente lo metía en uno de mis bolsillos, tarea titánica a los doce años.

La adrenalina de robar un chocolate no tiene nada que ver con mi primer robo grande, un salame. Era invierno estaba en sector del pan esperando que salieran las marraquetas calentitas, mientras me comía una hallulla recién hecha, no llevaba carro porque iba solo por el pan, cuando de repente veo en oferta un salame gourmet, era invierno llevaba un abrigo largo, tomé el salame y lo metí en mi bolsillo, sin recordar que ese abrigo tenía un bolsillo roto y el salame llegó hasta el fondo del abrigo, miré a los lados, los guardias me ignoraban, salieron las marraquetas las pesé y me fui con el salame gourmet en el abrigo.

Le hice un hoyo al otro bolsillo, mis idas al supermercado eran una cosa barata al carro, dos cosas caras al bolsillo, muchas veces salí arrastrando mi peso en ese abrigo. No hay víctimas, al dueño del supermercado le sobra la plata, nunca robé nada en algún almacén, y siempre robé por necesidad, la necesidad de comerme algo rico los viernes por la noche, el placer debería ser un derecho fundamental.

Al supermercado no le cuesta nada si compra a precio de huevo de gallina triste y vende a precio de gallina feliz. No me duele, no me da cargo de conciencia, veo a la gente pagando todos sus productos y pienso con qué plata, seré yo al único que le pagan mal en este país. Quién mierda tiene esos sueldos buenos que les permiten llenar los carros del Jumbo y salir con una sonrisa después de pasar por las cajas.

Me organicé con unos viejos amigos del colegio, una cuota de ocho lucas para carne y cada uno llevaba su bebestible, yo me ofrecí para ir a comprar, desde que perfeccioné mis técnicas en el supermercado siempre me ofrecía para estas cosas, compraba unos cuantos choripanes, una bandeja con trutros de pollo, carbón y la carne a la mochila. El abrigo desde hace un tiempo que se me hacía poco, tres kilos de lomo vetado no me entraban en los bolsillos, descubrí que la inoperancia de los guardias de ese supermercado de barrio alto era la mejor oportunidad para hacer negocios, cobraba la cuota del asado y me hurtaba el asado casi completo, todos comíamos, tomábamos, nos curábamos, nos reíamos. La técnica era ir con la mochila correcta y el carro correcto.

El mejor carro es el de ciento veinte litros, te permite poner la mochila encima y te queda a la altura de las manos, es fácil abrir y cerrar el cierre para echar los productos, un paté de ternera al carro, un kilo de lomo liso a la mochila. Carro de ciento veinte, una mochila de dieciséis litros y un supermercado grande.

Ocho mil por persona para carne, multiplicado por cinco personas son cuarenta mil pesos, descontándole lo que si debo pagar: el chorizo parrillero, las marraquetas, los trutros de pollo y la bolsa de carbón me quedará un buen vuelto. Compraré harta cerveza y cigarros para compartir, para que no se les llene

el hocico hablando que soy un simple vendedor de zapatillas en la sección de deportes y calzado del mall.

- No tengo sus títulos de mierda, pero traje la cerveza más cara ¿y ustedes?, dejé los cigarros en la mesa para el que quiera, no como el Mardones que los está sacando prendidos del bolsillo- se van a reír, pero no de mí.

El supermercado está relativamente lleno, eso siempre es bueno, por muchos guardias, por muchas cámaras que tengan nunca darán abasto. Lo primero que hay que hacer es ir a las carnes tomar los cortes y echarlos al carro sobre la mochila, paso por al lado del “viejito”, el guardia anciano que trabaja en ese sector del supermercado, – jubílese anciano, jubílese- le murmuro, no se da por aludido, es poco lo que ve y poco lo que escucha, su radio siempre está a un volumen mucho más alto que la de sus colegas, y aun así no la escucha.

Paso por donde el “viejito” pongo dos kilos de lomo vetado en el carro y uno y medio de entraña, saco los chorizos y los trutros. Avanzo a las frutas y verduras, ahí nunca hay tanta vigilancia, no hay muchas cámaras. Abro disimuladamente el cierre de la mochila, tomo mi celular fingiendo que contesto un mensaje, me río con ese mensaje, hablo solo con ese mensaje.

Coloco sobre la carne bolsas con tomates y limones, me inclino sobre el carro y tomo nuevamente el celular con una mano, mientras que con la otra estoy metiendo el lomo dentro de la mochila por debajo de las bolsas de tomates y limones.

Mucha gente circula por los pasillos, casi no hay guardias, además del “viejito” solo veo a las “Minions”, tres guardias de un metro cincuenta de altura que caminan muy rápido de un lado a otro mientras vociferan un dialecto inteligible por las radios, la seguridad de este supermercado es un chiste, con esta vigilancia podría llevarme las cosas sin tener que esconderlas, ¿quién me va a decir algo Stuart el Minions, Kevin el Minions o Bob el Minions?

Esta es mi oportunidad de sorprender a todos en la reunión del curso cuando ponga en la mesa un Johnny Walker etiqueta negra. En el pasillo del alcohol hay bastante gente para la cámara que apunta hacia allá, los Minions no ven entre la gente, de puntilla con suerte pueden ver por sobre los carros, tomo la botella y descaradamente la meto en la mochila.

Pobres imbéciles haciendo millonario a un viejo millonario, pagando en cuotas e intereses con la tarjeta de la tienda y del banco de este mismo viejo millonario.

–Pago con boleta, no acumulo puntos y pago con débito señorita - con tres bolsas y una mochila cargada camino con la satisfacción de otra gran compra.

La alarma suena, me piden la boleta, se acerca una la Minions Bob –La carne-

dice con una voz chillona – ¿cuál carne? - le contesto. Las otras dos Minions me rodean- Kevin me dice –tiene para pagar todo eso que lleva en la mochila- a lo que Stuart complementa- o tenemos que llamar a carabineros. La radio de Bob suena –Sí, don Carlos llevaba la carne y muchas otras cosas- lo único que se me viene a la cabeza, es que el “viejito” se llama Carlos y que no tengo cómo pagar.



La Monse

Bruno López

“Quizá no estaba seguro de lo que me interesaba realmente, pero en todo caso, estaba completamente seguro de lo que no me interesaba. Y, justamente, lo que él me decía no me interesaba.”

El extranjero, Albert Camus

Era el primer viernes sin cuarentena total en Puente Alto y Francisco recibió la llamada de un amigo. Ya sabía la razón de la llamada, pero hacía tiempo que no la recibía. “¿Vamos a tomar?” escuchó por el parlante del teléfono, y antes de que terminara la pregunta respondió que sí. No preguntó dónde iban a tomar ni con quién lo harían, solo sabía que iban a tomar cerveza, todo lo demás era incertidumbre.

Francisco y su amigo llegaron en bici a un mirador, ya habían comprado las cervezas. Se sentaron en el pasto mirando hacia el atardecer naranja que cubría los techos de las casas aledañas. Francisco sacó una cerveza producto de la sed que le provocó el trayecto en bici, pero su amigo le dijo que esperara a la Anto y al Charly que venían en camino. Pa’ remojar la garganta, le respondió.

Cuando llegaron la Anto con el Charly la reunión estaba con asistencia completa, hablaron de lo que se habla normalmente cuando se toma en una plaza: de nada serio, pero seriamente, de nada triste ni preocupante, básicamente se habla de nada. Se bebieron todas las cervezas, Charly bebió más que todos, y borrachos se devolvieron en bici a sus casas.

Al otro viernes, Francisco de nuevo recibió la llamada de su amigo y se repitió la misma rutina del viernes pasado: Francisco y su amigo comenzaron a tomar, mientras esperaban la llegada de Anto y Charly, y hablaron de nada, Charly bebió más que los demás y borrachos volvieron cada uno a su casa.

El siguiente llamado lo recibió un sábado con más ansiedad que de costumbre y esta vez se cambió el lugar donde se juntarían.

-Vamos a la Monse- le dijo su amigo.

- ¿A la Monse? - preguntó Francisco.

- Si a la plaza Montserrat-

El diminutivo de Montserrat ¿no es Montse? ¿con t? se preguntó Francisco. Mon Laferte se llama Montserrat, entonces el diminutivo quizás sea Mon, siguió preguntándose. Sacó su celular y busco los diminutivos de Montserrat, ninguno era Monse o Montse o Monce. Sin darle mayor importancia se dirigió junto a su amigo a la plaza.

Era una plaza grande, más grande que las habituales, se podría decir que no era una plaza, más bien un parque. Había en el centro un escenario en el que a veces se organizaban eventos donde tocaban bandas emergentes. A los lados se extendían paralelamente dos caminos de cemento que cruzaban toda la plaza. Todo lo demás era pasto, tierra, bancos y árboles de distintos tamaños.

Al llegar se encontraron con Anto y Charly que habían llegado diez minutos

antes, y ya habían comenzado a beber. Eran las siete de la tarde y tenían cervezas de sobra para quedarse hasta las dos de la mañana. Esta vez sentía que hablaban de algo más profundo, con más sentido, algo que ninguno de los cuatro entendía por completo, pero se entusiasmaron y eliminaban de algún modo el vacío que les provocaba esta vida, el vacío de una vida después del estallido, después de una pandemia mundial, la sensación de ahora qué puede venir.

A las nueve de la noche les dio hambre y compraron completos en un carrito que estaba en la misma plaza. Francisco veía que el escenario se comenzó a llenar de gente, el reggaetón y la algarabía llenaban el ambiente. Lo mismo sucedía en el resto de la plaza en grupos más pequeños, gradualmente La Monse se volvía el centro nocturno de todos esos cuerpos vacíos, que, entre música y cerveza, intentamos darle un sentido a la vida.

Tras pasear por el parque, de a poco Francisco comenzó a contagiarse con el estado anímico de la plaza y en su cuerpo surgió una alegría genuina, un regocijo que se asemeja al gozo, y por primera vez bebió más que Charly. Ya eran las diez de la noche y comenzaba el toque de queda, Francisco que era el que siempre persuadía a sus amigos de irse para no encontrarse con ningún inconveniente, esta vez no dijo nada y se dejó contagiar por el ambiente de una plaza sin pandemia, sin una enfermedad mortal, sin preocupaciones.

A eso de las dos de la mañana cuando ya no quedaban más cervezas, pero la vida nocturna en la plaza seguía activa y nadie ponía reparos en el quebrantamiento del toque de queda.

Durante la semana Francisco no pudo pensar en ninguna otra cosa que no fuera ir a la Monse. Esperaba con ansias el próximo llamado de su amigo para revivir lo que había experimentado ese sábado. Tal como lo esperaba el llamado llegó y se repitió la misma rutina. Esa noche, cuando ya había bebido varias cervezas, comenzó a sentir de nuevo el gozo que le recorría cada parte de su cuerpo y lo llenaba de energía y alegría, sin embargo, aún no entendía qué era lo que le pasaba. A las dos de la madrugada, como si estuviera planificado, se subieron a las bicis y se fueron, en el camino de vuelta a su casa, con el deseo de revivir al menos un poco del sentimiento de goce que había experimentado en la plaza, Francisco comenzó a pedalear más fuerte y rápido, cada vez más fuerte y rápido. Llegando a la calle Nonato Coó y producto de la velocidad y la borrachera no vio el semáforo rojo y fue chocado en la rueda trasera por un auto que venía en dirección contraria. Se revolcó tres metros en el suelo y quedó inconsciente junto al semáforo que no vio. Sus amigos rápidamente le prestaron ayuda, y como no podían llamar a la ambulancia por el toque de queda y para no meterse en más problemas, lo llevaron ellos mismos al Hospital Sótero del Río.

Sin mayores lesiones, al otro día Francisco despertó solo con resaca. Al salir del Hospital no se encontró con ninguno de sus amigos, luego se enteró que se las habían ingeniado para que ninguno tuviera problemas por infringir el toque de queda. La única consecuencia del accidente fue la bicicleta, que quedó con la rueda trasera doblada y los cambios destruidos. Francisco sentía que había ganado una experiencia que dos años de encierro jamás le pudieron dar, lo único que lo afligía eran las dos semanas que duraba la reparación de la bici, en las que

no podría ir a la Monse porque no tendría como devolverse en horas de toque de queda.

A la otra semana cuando recibió el llamado, se cuestionó si ir a pie y devolverse antes del toque de queda. No tiene sentido, a esa hora todavía no se siente la alegría, se dijo a sí mismo y rechazó la invitación. Sin embargo, salió a caminar para suplir la ansiedad. Cuando regresó a su casa, se sintió extraño, no reconocía las puertas, las paredes ni los muebles de la casa. Por un momento pensó que no era su casa y había entrado en una morada ajena.

Comprobó que estaba en su casa cuando vio su nombre en el título de técnico enmarcado en la pared, sin embargo, igualmente se sentía ajeno, como si las paredes fueran de vidrio y todas las personas de afuera lo miraran fijamente, como en la película “The Truman Show”, representando a un personaje en una película vacía y sin sentido.

Durante el transcurso de la semana cada vez que llegaba a la casa sentía la misma extrañeza a la que se le iba sumando el nerviosismo y la ansiedad de no saber de qué se trataba, la sensación de estar atrapado en su propia vida.

Llegó un nuevo viernes, con la bicicleta ya arreglada, recibió el llamado. Fue nuevamente a la Monse junto a su amigo, se encontró con Anto y Charly y como ya era costumbre comenzaron a tomar. Las restricciones sanitarias habían disminuido y ahora el toque de queda era a las once, lo que no le importaba mucho a Francisco ni a sus amigos, ya que igualmente no lo iban a respetar. Mientras bebían y a consecuencia de la borrachera, bautizaron su grupo como los “Silver Surfer”, no porque les gustara el superhéroe, solo habían escuchado su nombre, pero igualmente bautizaron al grupo así porque siempre bebían Escudo Silver, que era la cerveza más barata.

A lo largo de la noche y justo antes de que sintiera la alegría habitual, Francisco vio a una joven que estaba bailando en el escenario de la plaza, y decidió acercarse. Ella, que ya se había percatado de él, dejó de bailar antes de que llegara a su lado. Él le pidió fuego para encender un cigarro inexistente, ella respondió que no fumaba. Al ver que su estrategia no estaba funcionando le preguntó su nombre. Elvira, le dijo ella. Ante la respuesta cortante, Francisco le lanzó una broma relacionando su nombre con el de la plaza, que en realidad se llamaba Elvira Matte. Ella sonrió, no porque le causara gracia, sino por cortesía, y le preguntó el nombre a Francisco. Siguieron hablando un rato sobre la plaza, el toque de queda, la pandemia, hasta que Francisco le invitó unas cervezas junto a los “Silver Surfer’s”, a lo que ella aceptó. Después de un rato tomando con sus amigos, Elvira invitó a Francisco a caminar un rato. Ella le tomó la mano y caminaron sin rumbo claro, Francisco le contó lo extraño que se sentía en su propia vida, le habló de “The Truman Show” y ella le habló de “Matrix”. Ese vacío que sentía se mitigaba un poco con el vacío de ella, comenzó a tener una sensación que no sentía hace mucho, quizás 2 años, se sentía como una persona normal. Se besaron, ella lo miró a los ojos y le dijo – no quiero morir sin cicatrices. Y esa frase se le caló hondo en su cerebro, “no quiero morir sin cicatrices”.

Al volver a la Monse vieron que todos estaban arrancando de los milicos, el temor de Francisco lo dejó inmóvil, mientras que una sonrisa se dibujó en la

cara de Elvira. Ella tomó con fuerza la mano de Francisco y lo tironeó corriendo en dirección contraria, mientras entre risas gritaba al aire insultos contra los militares, Francisco al ver la euforia de Elvira comenzó a reír y a gritar.

Al llegar a la esquina se encontraron con los militares de frente, por sus caras no debieron tener más de tres o cuatro años más que la pareja, estos los apuntaron con sus armas y les gritaban que se quedaran quietos. Elvira ya había experimentado lo que es tener un arma apuntándole, pero ante el temor de Francisco, que no había tenido la misma experiencia, no quiso moverse. Los agarraron y los subieron al camión. Dentro del camión iban boca abajo recibiendo insultos. -no quiero morir sin cicatrices- susurra Elvira, Francisco al escucharla grita – ¡no quiero morir sin cicatrices! - el milico que los custodia los hace callar, pero ellos comienzan a insultarlo, se levantan y lo escupen, y él los golpea.

Los bajaron a empujones en la comisaría donde se encontraron con otros detenidos, algunos por infringir el toque de queda, otros por hurtos, la tensión entre estos dos grupos era evidente, se miraban feo unos a otros, hasta que un joven de no más de veinte años acusó a uno de los otros de robarle su celular, lo que gatilló una batalla dentro de la comisaría, los golpes iban y venían para todos lados, la llegada de la policía solo incrementó la tensión, lo que pudo parecer una escena de terror, para Elisa y Francisco fue de algarabía, se metieron entre los combos y patadas. Francisco nunca pensó que ese clima hostil le iba a dar sentido a su monótona vida, sentía que cuando se acabaran los golpes iba a descansar y tener una buena historia que contarle a los “Silver Surfer’s” en la plaza de la Monse.

Cuando Francisco y Elvira ya no tenían fuerzas para seguir en pie y la policía había alcanzado controlar la situación, ellos cayeron tumbados en esa celda, comenzaron a reír entremedio de sus quejas de dolor. Podría hacer esto todos los fines de semanas dijo Elvira, pero Francisco contestó que mejor que no y ambos rieron aún más fuerte.

Francisco y Elvira se juntan una vez al mes en la plaza de la Monse a conversar de lo monótona y absurda que es la vida, a veces se besan y otras veces van a buscar peleas o barricadas para intentar darle sentido a sus vidas.



El Nazi de Puente Alto

Cristóbal Márquez

“Lo importante es la elección moral. La maldad tiene que existir junto a la bondad para que pueda darse esa elección moral. La vida se sostiene gracias a la enconada oposición de entidades morales.”
La naranja mecánica, Anthony Burgess

La amistad es la relación afectiva más necesaria y común en toda sociedad juvenil, siendo representada y comentada en varios elementos y hobbies relacionados al mundo jovial; la música, el cine y la literatura no son distantes a ellos. Cada amistad posee una historia, y cada una yace en un espacio determinado.

La escuela es uno de ellos, cada marzo nuevas amistades y contactos emergen nuevamente. El nuevo milenio había comenzado, y con él varias generaciones, gustos y bandas urbanas, la mayoría desconocidas para el adulto centrismo.

Felipe Osorio Rivera, o también conocido como el “Negro Osorio” era oriundo de la Población Carol Urzúa, cursaba primero medio, era inteligente, buen estudiante, un poco tímido quizás, pero de naturaleza liviana, cordial. Felipe llevaba años juntándose con su amigo de la infancia, el Mendoza, No lo había visto desde hace tres meses, durante todo el periodo de vacaciones, y ese primer día del año 2005 nota rápidamente que algo había cambiado en él, llegó más serio y críticón que de costumbre.

Ese mismo día a la hora del almuerzo Felipe estaba en la fila cuando conoció a Jacinto, el chico nuevo, era moreno, de pelo negro y enrulado y con unos grandes anteojos.

-Wow! ¡Qué fantástica tu comida! - comenta Jacinto.

-Eh, muchas gracias- responde sorprendido y nervioso Felipe.

-Tu carne sí que se ve jugosa, no como la mía, está fría y seca- señala Jacinto de forma ingenua e inocente.

-Sí, si claro- responde Felipe cada vez más nervioso.

- ¿Cómo te llamas?

-Eh... Felipe.

-Hola Felipe, un gusto soy Jacinto- mientras le estrecha forzosamente la mano.

- ¿Y a ti que te gusta?

Felipe sintió la incomodidad y los nervios por todo su cuerpo, las preguntas que hacía este tipo eran nefastas e inquietantes.

- ¿¡Qué te pasa con mi amigo concha de tu madre?!- Se escucha a lo lejos.

Era Mendoza que se acerca a Jacinto mientras lo agarra del cuello del uniforme escolar.

- ¡¡Qué te pasa con mi amigo “negro culiao”?!- grita Mendoza, mientras el resto de la sala observa el acontecimiento.

-Oye cálmate- responde nerviosamente Jacinto.

-Oye suéltalo, tranqui si me estaba preguntando cosas del colegio noma- dice Felipe con el fin de apaciguar las aguas.

-Más te vale “weon” que mi amigo esté diciendo la verdad- le dice Mendoza a Jacinto -Si te vuelvo a ver molestando a mi amigo te voy a dar una pata’ en el hocico, ¿escuchaste? - le susurra en el oído Mendoza al nuevo compañero, que no tuvo otra opción que afirmar con su cabeza mientras se alejaba.

-Oye no era necesario que lo trataras así- le dice Felipe a Mendoza.

-Oe tranqui, si era un juego noma, si luego se le va pasar todo a ese negro, oe’ yapo ríete.

Tras la inquietud y malestar que generó su nuevo compañero, Jacinto decidió evitarlo y alejarse completamente de ellos y su presencia.

Felipe seguiría con su pretencioso y alterado amigo Mendoza, que a medida que pasaban los meses se volvía más agresivo, llegando a ser el más pendenciero del curso. Pero para su amigo Felipe era solamente un arrebato de rebeldía, y le recomendó que por lo menos siga las órdenes y reglas del Colegio para que no lo expulsarán.

Después de un viernes, Mendoza aprovechó la hora y la ausencia de sus padres para invitar a Felipe a su casa ubicada entre Sargento Menadier y Av. Ejército Libertador, específicamente en un barrio tranquilo a primera vista, pero lamentablemente de mala infraestructura y pasajes sin pavimentar. Mendoza, había establecido una gran amistad con los chicos de su barrio, quienes provenientes de un pacífico pasaje eran bien recibidos en todas las esquinas de la comuna, aunque escondían un secreto. Cuando Mendoza les presentó a su amigo Felipe, este fue bien recibido en el grupo, pues claro todos eran muy similares a él, tanto en lo físico, como en lo social, gran parte poseían problemas económicos y familiares como él, eran morenos, de pelo negro igual que él. Pero tenían una diferencia, vestían de negro, tenían un cabello extraño, sino era mohicano era rapado al cero, sus cuerpos dejaban ver algunos tatuajes, esto causó un cierto grado de desconfianza en Felipe, pero tras la simpatía y buena onda de los vecinos de su amigo, decidió acercarse cada vez más a ellos hasta el punto de generar cierta amistad.

Mendoza le enseñó a su compadre de infancia toda su colección de libros que había conseguido, libros relacionados a la historia del fascismo italiano o el nazismo alemán, era lo que le apasionaba, la imagen de Adolf Hitler en la portada de “Mi lucha” le provocó un poco de pudor a Felipe, quién más allá de su ignorancia en el tema, distinguía que su amigo se había convertido en un neonazi.

Las malas juntas, el escaso afecto recibido por sus familias, o simplemente el deseo de llamar la atención, fueron las más probables causas de la incorporación de aquellos muchachos en el mundo turbio de la ultraderecha y el neo nazismo. En un principio Felipe se presentó distante a las ideologías que manifestaban los amigos de Mendoza, pero al sentirse solo, ya que su grupo de amigos era su único cobijo para una vida llena de abandono y bullying, decidió volver más cercana su relación con este grupo que se hacía llamar “Brigada 88”.

Felipe fue cambiando con el paso del tiempo, debido a su mentalidad ingenua caía fácilmente en las garras de aquellos pensamientos idealistas, hasta el punto de ingresar en eufóricos debates y discusiones con personas de su círculo cercano,

ya sea como familia, vecinos, hasta el punto de ganarse poco a poco el rechazo de algunos.

Tras un par de meses profesando esta ideología, Felipe se había apartado de cualquier intento de reflexionar sobre sus pensamientos, todo era un absoluto totalitarismo.

Poco y nada se preocupaba de sus estudios, ya que por las noches salía junto a la “Brigada 88” a hacer barridas, las que consistían en golpear vagabundos, prostitutas y drogadictos, en un delirante afán de limpiar las calles.

Fue en una de estas noches donde la vida de Felipe cambiaría para siempre, era una noche como cualquier otra, un poco de cerveza con sus camaradas para envalentonarse, seguido de discursos llenos de odio contra las minorías, contra los comunistas y contra cualquiera que no profesase su ideología. Ya cuando la medianoche se acercaba, el grupo decide ir en búsqueda de alguien a quien amedrentar, fue así que tras caminar unas cuadras a lo lejos divisan a unas trabajadoras sexuales, y para mayor indignación de este grupo, eran travestis.

Corrieron eufóricos hacia ellas, gritando insultos y consignas patrióticas y lo que para ellos era una pelea ganada se volvió la peor noche de sus vidas. Felipe y el Mendoza eran los primeros del grupo en llegar donde los travestis, pero lo que ninguno se percató era que a la vuelta de la esquina habían más de diez trabajadoras sexuales que los esperaban con palos, cuchillos, botellas y piedras.

Cansadas de ser atacadas por este violento grupo decidieron armar en conjunto un ataque para hacerle frente a estos “cabezas rapadas”. Felipe fue el primero en recibir un botellazo en la cabeza y Mendoza una puñalada en su estómago, intentaron defenderse de los ataques, pero algo que no se esperaban sucedió, todo el resto de la Brigada 88 los abandonó, todas esas consignas de lealtad, camaradería eran solo palabras, en los hechos al ver que había problemas todos corrieron y dejaron a sus dos compañeros solos. Al ver que solo quedaron ellos los travestis se ensañaron con la pareja de neonazis, y motivos les sobraban, durante mucho tiempo varias de sus colegas habían sido atacadas, dejando las más severas secuelas en sus cuerpos y este era el momento propicio para vengarse, solo una sirena a lo lejos las detuvo, cuando los cuerpos de ellos ya no eran más que dos bultos en el pavimento. La policía al percatarse de lo sucedido llamó a una ambulancia.

Las lesiones de Felipe eran bastante menores que las de Mendoza, un par de fracturas en su mano derecha, una costilla quebrada y el pie derecho roto. Por otra parte, Mendoza debió permanecer en un coma inducido por las lesiones en su cabeza, Felipe intentó visitarlo casi todos los días, veía algunos miembros de su familia, un par de compañeros de curso pasaron alguna vez, pero los que nunca se hicieron presente fueron los miembros de la Brigada 88, nunca una visita, una llamada o un mensaje, se esfumaron al igual que lo hicieron esa noche.

A las tres semanas en coma Mendoza falleció junto con todo el odio que profesaba, pero no solo se llevó el de él, también colateralmente el resentimiento y odio que tenía Felipe en su interior. La muerte de su amigo le cambió la vida, volvió a preocuparse de sus estudios, de su familia, de cultivar amistades sanas, conoció a Jacinto quien hasta el día de hoy es su mejor amigo.

-Jacinto, ojalá hubieras conocido al Mendoza, hubieran sido grandes amigos.

Infinita

Ian cabello

"Todo el mundo debería tener amor verdadero y debería durar como mínimo toda la vida"

Bajo la misma estrella, John Green

Fácilmente podría decir que su noche había sido excitante.

La juventud que transpiraba, mientras avanzaba por las calles de Santiago con algunas copas de más, era refrescante. Quizás se sentía como aquellos personajes ficticios de los que siempre había leído o visto en alguna película adolescente de inicios de la primera década del milenio.

Sintió el sabor dulce de aquel último trago que había tomado, sintiendo un dulzor picoso en sus labios.

No sabía si había sido suerte que la dejaran entrar al bar con ese carnet falso que se había conseguido, o si solo había sido negligencia de aquel guardia que cuidaba la entrada. Pero eso ya no tenía ninguna importancia, había pasado una de sus mejores noches junto a sus amigos.

Caminando para volver a casa se detuvo frente uno de los bares que se encontraba en la calle Pio Nono, se encontró frente a frente con una ventana que le mostraba su reflejo y comenzó arreglarse las ondas de su cabello, una leve sonrisa se le escapó. Se sentía como Carrie White antes de la tragedia del baile, eufórica y emocionada. Se sentía como Verónica Sawyer antes de encontrarse con JD, valiente y decidida. Se sentía como Hermione Granger cuando se presentó al Baile con Viktor, hermosa e inalcanzable.

Comenzaron a avanzar nuevamente, su cuerpo burbujeaba y sentía como su respiración la hacía sentir como si estuviera volando, notó que su mejor amiga y su novio voltearon para verla caminar con una enorme sonrisa y las mejillas sonrojadas, ellos no entendían a qué se debía tanta felicidad, y realmente ni ella misma lo sabía. Quizás salir por fin después de una pandemia mundial o el siempre hecho de sentirse viva después de mucho tiempo. Ella corrió hacia ellos para lograr encerrarlos en un abrazo apretado diciéndoles a ambos que los amaba, causando la risa de todos.

EL Uber llegó después de una espera de cinco minutos, en los cuales ella solo reía, demostrando lo feliz que era en ese momento, cual niña con un regalo enorme de navidad, cuál mujer logrando aquella meta por la que se esforzó hasta rabiarse. Los tres subieron al automóvil después de que se detuviera en el paradero de la calle merced, el que se encontraba frente a la fuente alemana que hace tiempo había dejado de funcionar por el estallido social previo a la pandemia, habían sido años muy turbulentos para todos.

Ella se sentó en medio mientras su mejor amiga sacaba una cámara de fotos de su mochila, capturando una imagen perfecta de ella mientras estaba distraída, causando una pequeña pelea juguetona mientras el novio de la chica reía desde el otro extremo del asiento.

Su mirada se desvió hasta la ventana trasera mientras y su vida cambiaba levemente cuando vio como el túnel en el que entraban se distorsionaba y se alargaba, dándole un espectáculo luminoso que solo ella podía ver mientras su novio cantaba junto al conductor de Uber una canción ochentera de rock argentino, y su mejor amiga ajustaba el ISO de su cámara para lograr tomar la foto perfecta en aquel momento.

Ella se perdió por completo en las luces de aquella edificación subterránea, sintiendo como el mundo desaparecía lentamente. Sin señal en los teléfonos, sin señal en la radio y sin señal en su realidad.

El flash de aquella cámara fotográfica iluminó el rostro de la chica, aunque ella no lo sintió realmente, ella estaba en su propia realidad.

Su rostro expresaba muchas cosas en aquella fotografía.

Tranquilidad. Felicidad. Amor. Juventud.

Pero había algo especial en aquella foto.

Su rostro era el marco perfecto para el cuadro al óleo que ella había pintado aquella noche, la pintura de la adolescencia

Hermosa. Suficiente. Infinita en ese último retrato, antes de que el auto chocara de lleno con una camioneta que venía zigzagueando en dirección contraria.

